

¿Saqueo del pasado o divulgación histórica?

Las urgencias del Bicentenario en los medios masivos

Emilia Cibotti

Planteo del problema

El tiempo histórico es una trama de pasados que las sociedades habilitan para narrar sus conmemoraciones en un momento determinado. Una cosa es evocar los 30 años del golpe de Estado de 1976 o los 25 años del Juicio a las Juntas y otra cosa es evocar los 200 años de la Revolución de Mayo, de la Revolución americana. ¿Cómo valorar entonces los productos de la conmemoración del Bicentenario? A modo de hipótesis, sugiero que nuestra conmemoración ha estado atravesada por una fuerte ambivalencia, más sesgada sobre la disputa entre historia y memoria, y que la intervención sobre el Bicentenario no ha conseguido desmarcarse de esta impronta, tan fija en el presente que no pudo hacer cotejo de pasados con beneficio de inventario. La Argentina año 0 de la historia...ha funcionado a pleno con toda la carga política de la memoria reciente anclada en el corto plazo.

La Reforma Educativa de los años 1990 preparó el terreno. Profundizó el quebrantamiento del sentido histórico, borró la materia de la escuela y preguntó: ¿para qué sirve el pasado? La escuela falló. Mal asesorada quiso competir con los *mass-media*, incorporar el discurso de aquí, ahora, ya, la velocidad, por sobre la lentitud, el olvido rápido, en lugar de la memoria...lenta, siempre lenta¹. Fue en ese contexto y no en otro en el que se produjo el "saqueo del pasado". En efecto, como los próceres debían "humanizarse" se buscaron las plumas dispuestas a desmoldar una supuesta historia petrificada.

En cambio, en Chile, como en México, la misma Reforma Educativa fue implementada en la currícula escolar, pero sin sacrificar tanto los contenidos de la disciplina histórica. La cuestión tiene matices pero no es un tema menor, y esto se observa porque los productos y los discursos bicentenarios han incluido pretéritos plurales y en la línea de la larga duración. En el caso mexicano: 1810, 1910, (las dos revoluciones) versus 2010, en el caso chileno, una curva ascendente: 1710-1810-1910-2010. En el caso argentino, la colonia ha sido ignorada y, lo que

¹ Ver Jaim Etcheverry (1999). No conozco otro libro que haya sido tan celebrado como ignorado por quienes pudieron cambiar el destino de la educación en la Argentina después de la era Menem.

resulta más grave, las Invasiones Inglesas² también, y del rotundo momento de 1810 se pasa al 2010, porque la enorme dificultad se halla en el Centenario y en la revisión del pasado siglo XX en toda su extensión.

Intentaremos analizar las diferencias manifiestas. Cómo la celebración chilena amojona hitos bajo la idea de legado, cómo los mexicanos conmemoran para marcar la identidad nacional pasada y actual, y que no hubo una marcación clara en el caso argentino. Revisaremos la instalación mediática de cada una de esas experiencias y sus urgencias y después explicitaré brevemente las posibilidades de la divulgación histórica en los medios y la fórmula que concibo para hacerlo: el mensaje es el método.

El umbral argentino

Una de las ventajas que tiene la historia reciente o inmediata es que no hay descreimiento sobre su potencial posibilidad de representar lo real. La tensión entre historia y discurso de la historia no halla ahí lugar, es el terreno de la crónica. Nadie duda del valor *per se* de las preguntas: qué, cuándo, dónde, cómo y por qué pasó lo que pasó. No hay discusión sobre la relevancia del con-texto, los anacronismos no sirven de atajo a nadie, y se impone en más de un sentido la experiencia, colectiva, social y desde luego personal y todo ello forma parte de la trama por cierto conflictiva entre historia y memoria (he analizado puntualmente esta cuestión en Cibotti 2004: 223-227).

La historia presente tampoco soporta el peso de la ficción, no hay novela histórica, simplemente porque hay testigos vivos. En este sentido, resulta notable observar la inexistencia de historias noveladas sobre los tiempos recientes. En nuestro país, al menos, esta narrativa best-seller apenas cruza los umbrales de la segunda mitad del siglo XX. Tampoco lo hace el ensayo histórico que gusta de los anacronismos. La “verdadera historia”, puede describir sus mitos con la condición de que no haya lectores que puedan aplicar la exégesis del visto y oído, porque naufraga, o vende mucho menos, que es lo mismo.

La historia del pasado reciente tiene un campo bien amojonado, cruzado con otras problemáticas en las que sin lugar a dudas el ejercicio de la memoria también es desafiado, justamente por aquello que fundó el positivismo decimonónico, el hecho documentado, de importancia más que relevante cuando se trata de enviar a juicio a los represores, violadores de los derechos humanos.

² Ver Cibotti (2006). No hubo otras notas para evocar los 200 años de las invasiones inglesas.

Pero la disciplina y sus prácticas académicas y divulgativas deben convivir con todos los pretéritos, aunque siempre sea bajo los efectos demandantes del presente. Esto no es en rigor una novedad. Lo nuevo es el modo imperativo del presente o mejor dicho, el modo imperativo en que se manifiesta hoy un uso del presente omnímodo, que no le cede espacio al pasado-pasado. Así arrinconado en los discursos curriculares, que es en donde pasa la mayor parte de su tiempo, el pasado-pasado es botado, y la historia que lo acuna es vilipendiada como disciplina porque “no explica el presente”. Cuando este embate se inició, la duda interpuesta por la literatura todavía corroía la capacidad discursiva de la historia para explicar e interpretar. Entonces queda más claro por qué la academia no supo ni pudo enfrentar los bríos de la reforma educativa de la era Menem.

En los tempranos 1990, estigmatizada en la escuela como materia, la historia se diluyó en lo que se denominó área de ciencias sociales, del tercer ciclo de la EGB. Dañada, no pudo recuperar terreno en el Polimodal. Que hoy predomine un hálito de recriminaciones y mea culpa pedagógico por la devaluación de los contenidos curriculares disciplinares, no impide la magnitud del daño realizado, sobre todo porque fue muy advertido en su momento.

La historia subsumida en el área de las ciencias sociales junto a la geografía, la antropología, la economía, la sociología etcétera, fue interpretada por los más ingenuos como un campo interdisciplinar, pero los más agudos definieron el invento como un anacronismo difundido por la secta poderosa de los pedagogos (me hago eco de un artículo de Muñoz Molina). Esta currícula puesta en práctica en varias jurisdicciones del país dejó a la juventud de menores recursos que completaba el ciclo obligatorio y no podía continuar con el siguiente, sin los conocimientos relevantes y significativos que podían contextualizar su real experiencia social. Para decirlo de una vez, una escuela que no puede historizar el siglo XX, ¿qué enseña realmente? Sin respuestas, la ficción novelada de la historia emergió como una solución.

Había un gran malentendido porque lo único momificado en el bronce había sido hechura de los textos escolares de las diversas dictaduras, en cambio, la prolífica literatura histórica anterior a 1930, y hasta esa fecha, había ponderado siempre el factor humano. Basta leer *El santo de la espada* para advertir que su autor conocía a la perfección todas las enfermedades sanmartinianas. O que los dimes y diretes sobre la vida sentimental del Libertador eran muy socorridos. Lo mismo podríamos decir de Belgrano, Moreno, Rivadavia y por cierto también de Rosas, todos ellos ya habían sufrido el trajín de las memorias de época a través del culto al pasado imperfecto, y habían sido más o menos lastimados por la comidilla pública antes de subir al bronce del panteón nacional -obviamente no Rosas. Inclusive una vez consagrados, los rumores y controversias continuaron, como no podía ser de otra manera, porque no morirían en

el recuerdo hasta que no desaparecieran aquellos que los habían conocido, como gustaba decir a Borges. Para hacer ficción con la historia una pléyade muy conocida de escritores fue afanosamente purgada. Vicente Fidel López, Adolfo Saldías, Manuel Gálvez, Ricardo Rojas e incluso Bartolomé Mitre, pero creo que de todos ellos, la obra de Paul Groussac llevó la peor parte. Sus descripciones animosas y agudas y los personajes que trató o retrató han sido copiados sin mención al pie.

El refrito finalmente empachó, o la materia prima se terminó, una de dos, porque de toda esta narrativa, propia de los últimos 20 años, queda poco. Por cierto la gran excepción del género continúa siendo *Soy Roca* de Félix Luna, con un bagaje de investigación sobre diarios de la época y otros documentos, un libro de consulta también para la academia. A la excepción señalada cabe hacer otra, que alertó sobre los *faux pas* a los que podía llevar la aventura de la ficción de la historia.

Realidad histórica argentina versus ficción

En 1995, el escritor argentino Tomás Eloy Martínez publicó *Santa Evita*, inmediato best seller en toda América latina, y uno de los libros más importantes del género. Sin embargo, en general no fue leído como ficción, y su autor debió enfrentar los equívocos que se multiplicaron sin cesar. En un reportaje expresó: “Novela significa licencia para mentir, para imaginar, para inventar” (Neyret, 2002). ¿Por qué la necesidad de una afirmación tan contundente? Sencillamente porque nadie había entendido así su libro. En el mismo reportaje el autor agregaba:

“[...] cuando Perón le dice a Eva ‘No puedo darte la vicepresidencia porque tenés cáncer’ Esa frase fue tomada literalmente en la película *Eva Perón. La verdadera historia*. Yo me quejé al guionista, [José Pablo] Feinmann, y él me respondió ‘¿Pero, cómo, no era una entrevista?’. Le dije que hay un subtítulo enorme al pie de *Santa Evita*, que yo me he empeñado en que aparezca siempre, que dice *Novela*’ ” (Neyret, 2002).

El guionista interpelado por Tomás Eloy Martínez, es un escritor y periodista muy reconocido. Durante la entrevista, el autor de *Santa Evita*, se ocupó de explicitar con otro ejemplo la técnica usada en su novela:

“En este caso, para crear un efecto de verosimilitud superlativa, uso las herramientas del periodismo: entrevistas, cartas, guiones, *pero falsos* (cursiva mía). Hay gente que aparece ahora diciendo que sabía que el cuerpo de Eva Perón

estuvo detrás del cine Rialto. Pero yo recuerdo perfectamente el momento en que salí de un almuerzo en casa de unos amigos, y les dije: ‘Detrás del telón de este cine -que era un cine, obviamente, de los años ‘30 ó ‘40- voy a meter el cuerpo de Eva’. Nunca estuvo ahí. Tampoco hubo copias del cadáver de Eva Perón” (Neyret, 2002).

Bien, hasta aquí citamos al autor defendiendo su derecho a inventar frente al equívoco de quienes lo leyeron como fiel testigo de la verdad. Pero este ha sido y sigue siendo el obstáculo con el que tropieza la novela histórica de pobre factura y su ponderada “humanización de los próceres”, obstáculos que no salvan los atajos morales que tienen todos aquellos que admiten el “saqueo” del pasado, incluidos los editores. Y es que la brecha que se abre en el pacto de lectura, cuando los destinatarios ponen en duda la veracidad del registro, no se cierra más. Hay un haz de cuestiones que la divulgación debe indagar sin medias tintas. ¿Sucedió realmente? ¿La historia que figura en este libro, es verdadera? ¿La recreación del prócer, es correcta? ¿Es posible “saber” si lo que pasó, pasó? Si no hay respuestas, el pacto del lector con el escritor, se rompe.

El mercado de los héroes, próceres y protagonistas

En el caso de Chile, el Bicentenario como producto mediático se ofreció en formato televisivo y también gráfico y el argumento central, siempre explicitado, se talló en torno a la idea de “legado”. La larga duración se instaló para pensar ese pasado revisitado. El primer gran aporte digno de mencionar es una colección gráfica por entrega. El dispositivo parece conocido en la Argentina, pues ha habido muchos buenos ejemplos de trabajo académico con un titular que lidera un equipo de colegas que narran aspectos del pasado, al que suman ilustraciones, mapas, gráficos, en forma de fascículos, en un diario de gran tirada nacional. Pero el ejemplo que vamos a describir responde a otro esquema institucional.

La Universidad de Los Andes, el Grupo Enersis (energía eléctrica) y el diario *El Mercurio* ofrecieron una impresionante colección de 16 volúmenes sobre la historia de Chile desde 1710 hasta 2010 (4 volúmenes por fecha emblemática) con la pretensión de llegar a un público masivo, de todas las edades (ver las referencias sobre la obra en www.uandes.cl). La obra, titulada *Chile en 4 momentos*, se empezó a publicar en el año 2008 y despertó interés entre los estudiantes secundarios. El diario les pidió opinión sobre el primer volumen, apuntamos dos:

Para Ricardo, una cosa es que el libro de historia entregue cifra de mortalidad infantil durante la Colonia, y otra, como lo hace "Chile en Cuatro Momentos", que cuente cómo asumían las familias la muerte de los niños.

"Yo creo que va a fomentar una alta concepción de la moral y del patriotismo en cada ciudadano. Cada chileno se va a sentir más orgulloso al conocer sus raíces, y al saber de dónde venimos", dice Gonzalo Valenzuela, del Lastarria (Colegio Secundario).

Son dos puntos de vista muy diferentes. El segundo es el esperable, entra en la retórica del "para qué de la historia", y no genera necesariamente un nuevo lector, pero el primero sí suma lectura. El estudiante descubre que hay fuentes cualitativas para comprender esa dimensión pública, doméstica del pasado, que entra de lleno en la historia de la vida cotidiana. El ejemplo muestra bien cómo ampliar el interés hacia la historia enseñada. En definitiva un buen recurso usado deliberadamente por sus autores para concitar tal fin. El director del diario presentó el proyecto editorial "...como una verdadera revolución educativa silenciosa, al incorporar contenidos que van más allá de la perspectiva política y militar dominante en muchos textos históricos, para abarcar las costumbres y la vida cotidiana de nuestros antepasados. Esto es posible gracias a las técnicas actuales de investigación". El gerente general de Enersis resaltó que para este grupo "es clave el sentido educativo de los proyectos que apoya, ya que por esa vía cada vez más gente tirará el carro del desarrollo en Chile". El historiador Francisco Javier González, editor general de la obra y director del Instituto de Historia de la Universidad de los Andes, que coordinó el equipo de profesionales de la misma universidad, explicó cómo se abocaron a privilegiar una mirada atractiva y renovada sobre la historia enseñada, con el uso de las fuentes más diversas –con datos frescos– señala Francisco Javier González, que también se asocia a la iconografía, mucha inédita o casi inédita, y que no sirve para ilustrar, sino por su valor per se. Pero además, el equipo puso el foco sobre "la escasa presencia de la historia nacional en los actuales planes de educación" –en palabras del historiador Augusto Salinas– que apuntó a la cuestión como parte de una crisis de la conciencia histórica es decir de incompreensión del presente, según el propio Salinas.

Evidentemente este esfuerzo de largo aliento (tres años de pleno trabajo) deriva de una estrategia institucional para incidir sobre la formación pública ciudadana con perspectiva histórica. Y esto mismo se evidencia también en algunas apuestas fuertes que dependen del concurso de muchos investigadores. Un ejemplo. En todos los volúmenes se desarrolla un original ejercicio de empatía histórica, pero para lograrlo, en lugar de abusar de las

descripciones, se acude a las comparaciones históricas para envolver al lector y situarlo. Por supuesto este esfuerzo es deliberado pero ha implicado un fuerte desarrollo de contenidos específicos para poder llevarlo a la práctica. En la entrevista institucional, Francisco Javier González explicó:

“así, no solo le decimos que algo costaba tantos reales, sino que hacemos una aproximación a los valores actuales(...); mostramos los tipos de armas que usaba el Ejército de la Frontera de Arauco, pero igualmente señalamos cuáles eran sus cadencias de tiro, distancia de impacto y, además, comparamos estos datos con los de armamento actual. Eso permite una aproximación muy clara a la historia y valorar mucho mejor los datos que se entregan.”

Obviamente en *Chile en 4 momentos* hay una mirada ideológica definida y adscripciones historiográficas para abordar el pasado, pero esa es una dimensión del análisis que queda reservada para debatir en el ámbito académico. Lo relevante para nuestro abordaje, es subrayar la voluntad y vocación divulgadora de un gran trabajo colectivo realizado con una factura seria y rigurosa y propositiva que incorporó a la historia enseñada temas y problemáticas nuevas y le dio vida a otros protagonistas de la historia.

Esta experiencia ha concretado un salto cualitativo en la capacidad divulgadora, y la distancia de la televisión en la celebración del Bicentenario. En 2006, un equipo de directores de cine chilenos se hizo cargo de la serie *Héroes*, producida por el canal 13 de la Universidad Católica. El supuesto que movió a los guionistas es que estas estatuas monumentales podían cobrar vida, animarse, gracias a la televisión. Los episodios, seis en total, reconstruyeron las acciones de Bernardo O'Higgins, José Miguel Carrera, Manuel Rodríguez, Diego Portales, José Manuel Balmaceda y Arturo Prat. Los capítulos unitarios se emitieron al año siguiente, y subsiguientemente dado el éxito de audiencia obtenida. El impacto fue masivo y no se hizo esperar (se puede ver la serie en <http://heroes.canal13.cl/>). Las opiniones de los televidentes fueron en general muy favorables:

“Justamente lo que se critica es lo que me ha gustado. La capacidad de los directores de humanizar a los héroes patrios hasta hacerlos no sólo admirables por la historia, sino que sujetos con dolores, penas y sueños”.

“Esos son tipos que temen y sudan”.

Los profesores del secundario incorporaron el telefilm como un documental para uso en clase. En palabras de un docente:

“O’Higgins es uno de los personajes clave en el proceso de independencia de la Historia de Chile y de acuerdo al Programa de Estudio se puede introducir en la 3ª Unidad de 2º Medio “La creación de una nación”. El único inconveniente es que esta unidad corresponde “pasarla” aproximadamente en dos meses más. Sin embargo utilizaré la película ahora, aprovechando que con 3º medio estamos repasando o recordando los conceptos fundamentales de 2º medio en historia de Chile. Viene a reforzar la unidad de repaso con la que se comienza cada año.”

Por cierto no fue el único aporte. El canal emisor abrió un espacio asociado al portal Educar Chile para que los profesores explicaran cómo creían que podía adaptarse el capítulo a la enseñanza. Las propuestas didácticas tuvieron un seguimiento y quedaron registradas.

Sin embargo, la reacción académica no fue favorable. Hubo disgusto por su uso como recurso educativo, ya que la recreación libre de los directores restaba rigor y objetividad histórica al tratamiento de los “Héroes”. Afirmaciones como las que siguen se sucedieron en las columnas de los diarios: “líos de faldas y anécdotas”, “una especie de reality”, “un insulto al héroe y su carga de identidad nacional”, “¿Documento histórico o farándula épica?”.

La apuesta decidida en beneficio de la ficción generó un amplio debate entre guionistas con formación historiadora -vale la pena recalcarlo- y académicos de la historia. El centro de la disputa se radicó entre historiografía y crónica histórica, y los académicos tuvieron mejores razones. Porque se produjo un equívoco habitual entre los cultores de la historia novelada, en este caso en formato filmico. En efecto, la jefa del guión del capítulo dedicado a Manuel Rodríguez explicó que la teleserie no pretendía ceñirse a la historiografía, y que el entretenimiento exigía la inclusión de anécdotas y situaciones de ficción. Los historiadores Ernesto Guajardo -biógrafo- y Sergio Villalobos -Premio Historia Nacional (1992) la refutaron. Porque el problema no era de interpretación, es decir historiográfico. Los historiadores no cargaban las tintas sobre el sentido y enfoque propuesto, sino sobre la secuencia de datos y hechos, es decir, sobre la crónica. Y aclararon que con solo tomar personajes de la historia no se representa una época, solo se vacía de historicidad al sujeto real. También enfático, Gabriel Salazar -Premio Nacional de Historia (2006)- indicó que estaban “remitoligizando a los personajes” (*El Mercurio*, 21 de marzo de 2010).

Gracias al *rating*, la televisión chilena no se despegó del Bicentenario y buscó nuevas propuestas. Recientemente estrenado en 2010, TVN, el canal nacional con señal internacional, empezó a emitir un programa: *Algo habrán hecho por la historia de Chile*, que repite con rigor disciplinar un formato similar producido en la Argentina en 2004-2005, con el mismo título, *Algo habrán hecho por la historia argentina*, con Felipe Pigna y Mario Pergolini y la producción de

Cuatro Cabezas. Pero el motor del argumento es muy diferente en cada una. En el caso argentino el foco puesto en develar supuestos mitos y conspiraciones, a partir de una sola clave explicativa, la del revisionismo histórico, le quitó fuerza al guión, que básicamente tenía un tono de denuncia, y omitía explicaciones multicausales. La versión chilena en cambio se ajusta a las reglas del arte académico. También es cierto que su promotor, el historiador Manuel Vicuña, es una voz autorizada para hacerlo, es Licenciado y Doctor en Historia del Trinity Hall, Universidad de Cambridge y actual Decano de la Facultad de Ciencias Sociales e Historia de la Universidad Diego Portales.

El balance del Bicentenario en Chile aún no puede cerrarse...el proceso sigue su curso, la fiesta celebratoria no ha terminado, y no es una cuestión de calendario, sino de oferta y demanda cultural y educativa. Universidades, diarios, canales de televisión, equipos de guionistas, de escritores, de historiadores, de profesores de colegios secundarios, y estudiantes y público en general, han estado dialogando en los últimos cuatro años en torno del legado bicentenario. El impacto podrá medirse en un futuro próximo, pero sí puede anticiparse el desarrollo de líneas de divulgación histórica más vigorosas en todos los soportes tecnológicos.

México y su lema federal “200 años orgullosamente mexicanos” tampoco le esquivaron el bulto a la idea de legado. Aunque, por cierto, la estructura no fuera la de la curva ascendente sino la de una conmemoración que no podía sustraerse a la situación más crítica del presente. El gobierno celebraba a dos voces: el Bicentenario de la Independencia y el Centenario de la Revolución Mexicana, bajo la consigna, del presidente Madero “no olvidemos las lecciones de la historia”.

En el país federal, la promoción de la historia y de la enseñanza de la historia siempre ha estado estrechamente vinculada a los medios audiovisuales y ha sido y es una tarea institucionalizada tanto en la esfera oficial federal, como en la de los estudios académicos, y ligada a la actividad divulgadora que a su vez vive asociada a la universidad. La producción es inmensa y continua porque es un referente imprescindible para una sociedad que privilegia la cultura oral. Entre el 2008 y el 2010, se produjeron mini documentales, cortos, noticieros históricos, miniserias de personajes, reportes históricos (<http://www.bicentenario.gob.mx/index.php>). Esta fabulosa producción puede consultarse a través de la mediateca del sitio federal y supone un ingente trabajo de equipos de historiadores formados específicamente en la divulgación audiovisual, por cierto, materia que pertenece a la currícula universitaria, particularmente desarrollada en la Universidad de Guadalajara. Todo este esfuerzo animado, organizado e institucionalizado por el Instituto Nacional de los Estudios Históricos de las Revoluciones de México (INEHRM) tuvo un objetivo claramente expuesto en el

portal institucional: divulgar la historia de México desde el mirador del siglo XXI (<http://www.inehrm.gob.mx/especiales/>).

La novela histórica también ha tenido y tiene su lugar en México y constituye un campo de abono cada vez más importante para un público ávido de las emociones de una lectura placentera en torno a personajes secundarios, poco tratados por la investigación. En México sus cultores asocian la academia a la cultura hermética de las élites que desarrolla una historiografía dogmática. Sea esto así o no, lo cierto es que el propósito de los escritores no es tanto derribar supuestos mitos o develar ocultamientos ex profeso, sino divulgar los conocimientos del pasado entre la población. Es una tarea de traducción literaria para la asimilación de la lectura. Notable compromiso que no discute la legitimidad del saber académico, y por una sencilla razón, como indiqué más arriba, este está fuertemente institucionalizado y arbitrado.

El Bicentenario dio lugar a una proliferación de nuevas novelas históricas. Sus cultores se defendieron de la acusación de oportunismo comercial, que no levantó vuelo tampoco porque por otra parte, el género tiene su propia legitimidad pública y también una importante instancia de arbitraje. La editorial Random House Mondadori otorgó el Premio Bicentenario Grijalbo de Novela Histórica al escritor Carlos Pascual, con su obra, *La insurgenta*, basado en la vida por cierto de novela, de Leona Vicario (1789-1842). Llamada la “madre de la patria”, una heroína de la guerra de independencia mexicana y además defensora del periodismo libre, laica, compró una imprenta para los insurgentes, fue la primera periodista anti-conservadora, pro-republicana, primera mujer que habló ante el Congreso y única que recibió funerales de Estado. La pregunta del escritor fue ¿por qué esta protagonista ha sido tan poco abordada? Porque era una ideóloga, y es difícil contar ideas, aseguró el escritor. Un estudiante encontrará pocas anécdotas para su monografía afirmó en un reportaje. Pero lo que más le ha interesado al autor es hablar de la época, nadie tuerce el rumbo de la historia, -dijo- por eso insistió en las circunstancias, el entorno, la convulsión política del momento.

Todo indica que Carlos Pascual ha caminado por las huellas de la construcción del mito republicano identitario de las naciones latinoamericanas en formación. En 1910, uno de los constructores de la historia oficial, en este caso Genaro García, ofreció la primera biografía completa –única-, *Leona Vicario, la heroína insurgente*, en la que ha buceado el premiado escritor, que encontró su personaje un poco después que las feministas mexicanas hallaran los vestigios del mismo en la historiografía oficial.

Una vez más, vale la pena reiterar que en el México Bicentenario no hay lugar ni razón para un divorcio entre la divulgación académica y la novela histórica. Podría haber sido de otro modo, porque al fin y al cabo México atraviesa una honda crisis, y un sentimiento de abatimiento

se ha instalado en la sociedad que muy bien queda reflejado en esta irónica reflexión: Por doquier se escucha que México está a punto del colapso final. Y será sangriento, porque, ¡oh!, el 2010 no puede ser coincidencia: las gestas armadas de 1810 y de 1910 nos deben decir algo. Pero no, la historia no es un sino, ni se repite, ni tiene designios, ni es un filtrado que circula como el ADN.

En el Bicentenario argentino, los discursos han emergido muy fragmentados como en un desarmadero. No hay diálogo entre la academia y los mass-media, pero tampoco lo hay con la novela histórica, como ya señalamos. Son todos campos poco conectados visitados de vez en vez, pero sin articulación alguna, ni hay institución ni Estado que lo amplifique. Lo que proyecta el sitio oficial del gobierno es una mirada cultural, pero no necesariamente histórica sobre el pasado, y lo ha hecho con ambigüedades y oscilaciones. No es que han faltado talentos, lo que no ha habido es una firme dirección, un sentido de la conmemoración (http://www.bicentenario.argentina.ar/listado_contenidos.php)

Además de celebrar el “momento” de la Revolución, mucho más se podría haber subrayado, debatido, puesto en blanco sobre negro (<http://www.historiadoresyelbicentenario.org/>). Cuestiones no es lo que falta y menos en la agenda de los medios de comunicación. Por ejemplo, poner bajo la lupa el federalismo político, el real, no el de la carta constitucional, debate acuciante que implica otros, como los usos de la democracia y las opciones de participación ciudadana a partir de la Reforma de 1994, en un país en donde las distorsiones entre el primer Centenario y el presente merecen una explicación pública y con perspectiva histórica y actual. Sin ir más lejos, el bicentenario del nacimiento de Juan Bautista Alberdi (29 de agosto de 1810), “padre” de la Constitución de 1853, podría haber sido, pero no lo fue, la ocasión de un debate público sobre los usos de su legado institucional (ver Botana, 2010).

En los medios: el método es el mensaje

En los años 90, cuando comencé a hacer divulgación histórica por radio, una colega me sorprendió con una afirmación negativa y prejuiciosa. Qué más podía hacer yo, sino hablar de los “calzones de Belgrano” (sic). Unos años más tarde, cuando ya tenía una cierta trayectoria, participé, con mucho gusto, de las Jornadas Inter-escuelas de Historia que se desarrollaron en Neuquén. La invitación era para un panel sobre la Historia en los medios. Compartí el espacio con una joven historiadora, de hecho mucho más joven que yo, que hacía unos meses había comenzado la tarea de divulgación radiofónica en la ciudad de Mar del Plata, y que creía saberlo

todo al respecto. No logré despertar ni la atención ni el interés que esperaba con mis explicaciones. Para colmo la ponencia, por un problema técnico, no quedó registrada en el CD del Congreso, de modo que volví y seguí haciendo lo que había aprendido, fruto del ensayo-error, sin recibir ningún tipo de devolución sobre mi desempeño.

Desde entonces han pasado muchos años y he logrado sistematizar algunos saberes fruto de la experiencia de contacto con el público/oyente o lector, y de la propia tarea. No hay secretos. La divulgación es una intervención discursiva sobre la realidad con el apoyo de bibliografía y algunas fuentes documentales, para responder una pregunta, que motiva interés o despierta curiosidad, porque uno mismo la ha propuesto para ese fin. El problema es encontrar la pregunta, una buena pregunta, la mejor, la más correcta, la que está agazapada pero es la más pertinente dado el contexto, y esa es la decisión más difícil porque el formato discursivo o narrativo se aprende con rapidez.

La pregunta es el antídoto para no balbucear, no decir banalidades, para no abandonar el campo, para persistir contra viento y marea en un medio extraño, en un hábitat que reitera equívocos, y obviamente hacerlo bien, sin ceder a la tentación del plagio, del saqueo del pasado, del abusivo uso de la palabra del otro sin una sola cita de reconocimiento formal. La divulgación supone siempre una respuesta, porque no estamos en el campo de la investigación que admite, en realidad, exige incorporar nuevos conocimientos. No se trata de innovar, sino de inducir una explicación a contramano de lo que el sentido común ha dado por hecho, por dicho, por visto y oído. Y así, con los ejemplos que menciono a continuación cierro esta intervención.

¿Cuál fue la novedad de la Ley Sáenz Peña de 1912 conocida como “ley de sufragio universal” para la democratización del sistema de partidos?

¿Por qué el Juicio a las Juntas, del que se cumplen este año 25 años, tuvo carácter oral y público?

¿Cuál es la razón por la cual las provincias con menos habitantes tienen en el Congreso mayor peso electoral que las más pobladas?

¿Qué datos arrojó el último censo de población virreinal de 1809? ¿Qué proyectó?

Es usual escuchar, “Dios está en todas partes, pero atiende en Buenos Aires”, ¿De veras? ¿En Buenos Aires o en la Casa Rosada?, porque no es lo mismo.

Para terminar, vuelvo sobre el rumor prejuicioso que persiguió la vida íntima del malogrado Manuel Belgrano, el mismo cuento que aquella colega creía que la divulgación tenía que ventilar. La pregunta relevante (Cibotti, 2004:27-30) no es si eso fue cierto, la mejor pregunta obliga a buscar quién o quiénes hicieron de “malas lenguas”, y en qué momento lo echaron a rodar, las circunstancias, en este caso, como en muchos otros, dan la respuesta.

Bibliografía

Botana, Natalio (2010) "Las lecciones de Alberdi, válidas en el Bicentenario", *Clarín*, 11 de abril.

Cibotti, Ema (2006) "El primer paso del Bicentenario", *Clarín*, 11 de agosto.

----- (2004) *Sin espejismos. Versiones, rumores y controversias de la historia argentina*. Buenos Aires, Aguilar.

Etcheverry, Jaim (1999) *La tragedia educativa*, Buenos Aires, FCE.

Muñoz Molina, Antonio (1997) "La historia y el olvido", *El País*, Madrid, 9 de noviembre.

Neyret, Juan Pablo (2002) "Novela significa licencia para mentir". Entrevista a Tomás Eloy Martínez, *Espéculo. Revista de estudios literarios*. Universidad Complutense de Madrid.

Disponible en www.ucm.es/info/especulo/numero22/t_elay.html